

GEORGES SIMENON

LAS HERMANAS  
LACROIX

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2013




A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Les sœurs Lacroix*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

LES SOEURS LACROIX © 1938 by Georges Simenon Limited,  
todos los derechos reservados  
«Las hermanas Lacroix» © 2013 by Georges Simenon Limited,  
todos los derechos reservados  
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2013 by José Ramón Monreal Salvador  
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu  
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1968)

ISBN: 978-84-15689-69-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 275-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# I

—... llena eres de gracia, el Señor es contigo..., llena eres de gracia, el Señor es contigo...

Las palabras ya no tenían sentido, no eran más que palabras. ¿Acaso Geneviève movía los labios? ¿O sumaba su voz al sordo murmullo que se alzaba de los más oscuros rincones de la iglesia?

Algunas sílabas parecían repetirse con más frecuencia que otras, cargadas de un significado oculto.

—... Llena eres de gracia..., llena eres de gracia...

Luego venía el triste final del avemaría:

—... pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Cuando era pequeña y rezaban el rosario en voz alta, estas palabras, que renacían sin cesar, no tardaban en hechizarla y en alguna ocasión rompía en sollozos.

—... ahora y en la hora..., en la hora...

Entonces exclamaba mirando a la Virgen a través de las lágrimas:

—¡Haz que yo sea la primera en morir! O que nos muramos todos a la vez, mi madre, mi padre y Jacques.

En alguna parte de la oscuridad, no lejos, por donde estaba la efigie de san Antonio, resonaba una voz grave como un abejorro. No se veían las caras. Tan sólo se adivinaban unas siluetas, porque el sacristán había encendido cuatro lámparas para toda la iglesia y sus trazos puntiagudos formaban entre los pilares aureolas del tamaño de las de los santos.

—... llena eres de gracia..., el Señor...

Durante el oficio de vísperas, hubo en torno a Geneviève

un ir y venir quedo del que ella no se dio cuenta. Al principio, eran cuatro mujeres arrodilladas en la misma hilera de sillas. La primera se acercó al confesonario y habló bajito, con una voz silbante de asmática. Al levantarse, pasó, muy digna, por delante de las otras, y se sentó en la nave central.

La siguió una segunda penitente, que hablaba exageradamente bajito y se volvía a cada instante para asegurarse de que no la escuchaban, mientras que la que Geneviève tenía al lado, cuyo abrigo negro olía a paño mojado, proseguía su examen de conciencia, con la cara entre las manos.

—... Dios te salve María, llena eres de gracia...

Se habrían podido contar los cirios. ¿De veras era posible que fueran sólo unos veinte? Apenas alguno más. Pero todas aquellas lenguas de fuego danzarinas se estiraban y curvaban para volver a enderezarse dúctilmente, todas aquellas llamas amarillas alineadas en semicírculo y cada una con vida propia formaba ante los ojos de Geneviève una fantasmagoría.

Por eso no veía nada más, ni a las campesinas de negro que pasaban por turno por el confesonario, ni al anciano de voz de abejorro que se dirigía hacia la puerta con la pìerna izquierda a rastras. Las llamas brincaban dentro de su cabeza, pero era más arriba a donde ella miraba, más arriba del traje de brocado con incrustaciones de pedrería, más arriba de la cabeza minúscula del Niño Jesús: desde que ella estaba allí, por así decirlo desde siempre, observaba el rostro de la Virgen que la luz animaba poco a poco, que entreabría los labios e inclinaba la cabeza hacia ella.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Pasos en las grandes losas grises y bocanadas de aire fresco, el ligero chirrido de la puerta acolchada... Pasos también alrededor del altar en el que el sacristán apagaba los cirios...

Geneviève no oía, no veía, no sentía el repentino olor a cera caliente.

El sacerdote, en su confesionario, apartó la cortina de paño verde, adelantó la cabeza y esperó un poco.

Como la muchacha no se movía, tosió discretamente, luego comprendió que no estaba allí para confesarse y se quitó la estola, se alejó sin hacer ruido y pasó por su lado sin poder evitar volverse.

Salió alguien aún. El sacristán atravesó toda la iglesia con sonoras zancadas, dando a entender que habían concluido las ceremonias y plegarias.

Geneviève se estremeció, lanzó una mirada medrosa a su alrededor, volvió a mirar al rostro de la Virgen, y entonces, aferrándose a él un instante, con toda su voluntad en tensión, como si fuera cuestión de voluntad, murmuró:

—Mi Virgencita hermosa... Haz algo para que las cosas cambien en casa... Tía Poldine y mamá tienen que dejar de odiar a papá y de odiarse ellas... Es preciso que mi hermano Jacques y papá lleguen a entenderse... Mi Virgencita dulce y hermosa, es preciso que todos en casa dejen de odiarse...

El sacristán, impaciente, armaba un gran estruendo al fondo de la iglesia, y Geneviève, que tenía dos lágrimas en la comisura de los ojos y el pecho acalorado, abandonó su silla, recogió sus guantes, hizo una genuflexión y se volvió para lanzar una última mirada a la Virgen que vivía entre el resplandor de las velas.

A medida que se acercaba a la puerta, hacía más frío. Cuando llegó al portal, la lluvia arreciaba, las gotas crepitaban sobre las losas, y sobre los escalones. Se quedó allí, en medio del frío húmedo, cerca de un gran santo de piedra descalzo y con los dedos de los pies erosionados. Veía un farol de gas, cerca de la esquina, más allá de la pared de la rec-

toría; enfrente había una ventana iluminada, pero era imposible saber lo que pasaba detrás, a la tenue luz de la lámpara.

—Mi Virgencita hermosa, haz que...

Continuaba su plegaria, sin saberlo, lo que no le impedía pensar que iba retrasada y que sin duda la lluvia no cesaría en toda la tarde.

Llevaba un abrigo de ratina azul, con trabilla, como las colegialas internas. Estaba tan delgada, debajo, que aquella ropa la aplastaba. Cuando quiso correr pegada a las casas, no tardó en quedarse sin aliento, y además, tenía prohibido correr, porque se le distendían fácilmente los tobillos.

Como hacía a diario el mismo camino, ya no veía nada; apenas si percibía a su paso el olor que exhalaba el respiradero de la pastelería, luego oía el rumor del Café du Globe.

—¡Geneviève!...

Se sobresaltó, fue tal su sorpresa que se llevó la mano al pecho y se quedó un momento sin comprender que no había nada de que asustarse, que simplemente su hermano acababa de interpelarla.

—Jacques...—balbuceó ella esforzándose por serenarse.

No lo conseguía. Era algo físico. Se había asustado y continuaba temiéndose algo, mirando a su hermano con angustia.

—Ven para aquí—dijo él—. He de hablar contigo...

—Pero...

Dudaba si meterse o no por la calleja oscura a la que él la arrastraba. No era aconsejable, lo presentía. Y su carne, a su pesar, sufría espasmos como si se comprimiera, se contrajera al máximo para exponerse menos al peligro.

—Date prisa—insistía Jacques, que era alto y fuerte y que, aquella tarde, con aire cauteloso, iba con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

Pero tenían que ir más lejos, porque el rincón estaba ocupado, había ya una pareja de enamorados en la sombra.

—¿Qué pasa, Jacques?

—Si vas a ponerte a temblar de antemano, prefiero no decir nada...

—No estoy temblando.

Instantes antes, quizá. Pero, nada más mencionarlo, sí que había empezado a temblar. Siempre era así. Era demasiado nerviosa. Era incapaz de dominarse. Ahora, por ejemplo, su nerviosismo era tal que resultaba doloroso. Y no habría sabido decir por qué. Sufría por algo inexistente. ¿Acaso sufría anticipadamente por lo que aún no había sucedido? ¿O era acaso, como había pensado a veces, que sufría por algún otro, por error?

—¿Tienes frío?—preguntó Jacques, a quien no le gustaba verla en ese estado.

—No. ¿Qué querías decirme? Nos esperan...

—Precisamente...

Ahora lamentaba haber acechado a su hermana al paso y haberle hablado. Ya estaba llorando, y se agarraba a su brazo, con sus débiles manos que temblaban.

—No harás eso, ¿verdad, Jacques?

—Hace demasiado tiempo que vacilo...

Ella tenía realmente frío y una gran gota de agua le reventó en la nuca.

—Estarás más tranquila sin mí... Se evitarán muchas discusiones...

—¿Cuándo quieres...?

—Esta noche... Por eso quería avisarte... Si oyes ruido, no te inquietes...

—¡Jacques!

—Ven... Volvamos... O mejor vuelve tú primero...

—¿Y ella?

Volvió la cabeza sin responder. Ella insistió tirándole del brazo.

—¿Y Blanche?

—Me acompaña... Ahora, vete... ¡No! Sobre todo, no empieces con un sermón...

Y se esforzaba por no mirar a su hermana, por temor a dejarse conmover.

—Vete rápido..., si no, habrá otra escena...

Geneviève tenía que recorrer la Calle Mayor iluminada, atravesar la plaza donde había siempre una vieja mendiga en el banco, para tomar finalmente la calle tranquila en cuyo extremo vivía. Seguía temblando y eso la atemorizaba, pues era siempre señal de que estaba a punto de suceder algo. Caminaba rápido. Corría. Se detenía, por las palpitaciones.

Tía Poldine no había bajado aún, pues se veía luz en la primera planta, en el cuarto que ella llamaba su despacho. Y había luz también arriba de todo, en el taller acristalado en el que trabajaba su padre.

Geneviève buscó la llave dentro de su bolso mojado, y en el pasillo se encontró con la criada que iba a poner la mesa.

—Ve enseguida a cambiarte... Has vuelto a coger frío...

Se estremeció. Se estremecía siempre que algo exterior la afectaba, incluso cuando, como era el caso, se trataba de la voz de su madre.

Efectivamente, no la había visto. Mathilde siempre hablaba antes de que se la pudiera ver, de tan silenciosamente como andaba por toda la casa.

—¿No te has encontrado con nadie?

Geneviève enrojeció. No había ningún motivo para que le hiciera aquella pregunta. Todos sabían que no hablaba con nadie, que nunca se detenía en su camino, ni siquiera para mirar un escaparate. Entonces, ¿por qué, hoy, precisamente?...

Recogió el devocionario que había dejado caer y que es-



taba protegido por una funda de tela negra. Subió la escalera encerada y por un instante se preguntó si no tenía vértigo.

Durante algunos minutos aún, la casa se mantuvo en calma y habríase dicho que vivía en paz. El padre de Geneviève, en su taller, cuya puerta cerraba con llave, haciendo Dios sabe qué. ¿Estaría trabajando? Pero no podía dedicarse a restaurar cuadros todo el tiempo que pasaba en aquella estancia.

¿Tendría libros? Pero nunca le veían traer. Si los tenía, eran libros viejos, que llevaban allí desde siempre. Una vez que la puerta estaba entreabierta, Geneviève percibió un revoltijo de cosas oscuras, alfombras, extraños bibelots, máscaras descoloridas en las paredes, armas antiguas...

Lo que había en el taller nadie podía saberlo a ciencia cierta, pero al menos sabían lo que entraba y salía, puesto que cuando su padre subía la escalera o la bajaba, tía Poldine abría invariablemente su puerta.

La estufa debía de ser grande, pues cada mañana necesitaba un cubo lleno de carbón que Emmanuel Vernes subía personalmente.

En cuanto a tía Poldine, no era difícil saber en qué se ocupaba: ¡se encargaba de llevar las cuentas! Estaba sentada delante de las pilas de cuadernillos negros, de tapas de hule y páginas llenas de cifras a lápiz. En medio del escritorio, había colocado su reloj y, a las siete en punto, se levantaría, entreabrirla la puerta, aguzaría el oído, esperando que sonase la campanilla que había de anunciar la cena y que se retrasaba a veces unos minutos.

Entonces bajaría, derecha e imponente como una torre. Bajaría y...

Geneviève tuvo que sentarse al borde de la cama. Era extraño. Ella que había tenido todas las enfermedades, sentía de repente un malestar nuevo y se asustaba. Se quedaba

inmóvil, para espiar mejor el mal dentro de sí. Se hubiera dicho que se escuchaba.

¡Pero no! ¡Es que había andado demasiado deprisa! Y además Jacques le dio miedo. No estaba acostumbrada a que la llamaran por la calle, y aunque parezca raro, no reconoció enseguida la voz de su hermano.

—... Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...

Se distendió, creyendo que se le había pasado, sonrió débilmente, como si huyera de su sombra. Quiso ponerse en pie, y la cosa comenzó de nuevo.

No era un dolor propiamente dicho, sino como una angustia más bien. Le parecía que iba a ocurrir un accidente, una desgracia, un acontecimiento grave y que tenía que acudir, ir a alguna parte sin perder tiempo; pero sus pies permanecían clavados en el suelo y tenía las piernas tan pesadas... No, era su cuerpo el que era pesado, pues le temblaban las rodillas, iban a doblársele...

Estuvo a punto de llamar:

—¡Padre!

Y oía tantear la llave en la cerradura de la puerta de entrada, y luego a Jacques que colgaba el impermeable en el perchero y entraba en el comedor, donde su madre estaba como agazapada detrás de la puerta.

Toda la casa estaba impregnada de un olor a sopa de puerros. En el rellano, una puerta se abría y seguro que tía Poldine estaba allí, reloj en mano, esperando que sonase la campanilla de la cena.

Pero era algo imprevisto lo que se avecinaba. Geneviève no había cerrado del todo su puerta, para que entrara un poco de luz del pasillo, pues no había encendido la de su cuarto, no sabía por qué. Estaba sentada al borde de la cama, a oscuras.